

REMEDIOS RAROS EN MEDICINA: MOMIA ARTIFICIAL (II).

Rojo Vega A ⁽¹⁾

Cátedra de Historia de la Ciencia. Universidad de Valladolid. España.

Correspondencia:

Prof. ANASTASIO ROJO VEGA
Cátedra de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina
Avda Ramón y Cajal s/n • 47005 Valladolid. España
e-mail: rojo@med.uva.es

Diversos productos relacionados con el petróleo fueron empleados por la medicina desde los tiempos más remotos, principalmente los que podían recogerse fácilmente en las orillas del mar Muerto, también llamado lago Asfaltites. Galeno de Pérgamo y Dioscórides de Anazarba, entre otros, los recomendaron firmemente contra varios tipos de lesiones y dolencias, propiciando una demanda que animó a los buscadores de tesoros, en este caso sanitarios, a sobreexplotarlos hasta el punto que un recurso inicialmente abundante comenzó a hacerse raro en Palestina; como consecuencia de ello, los mercaderes de materia médica se vieron empujados a buscar sucedáneos, materiales semejantes a la vista de los que, por tanto, podían inferirse las mismas propiedades.

El primer sucedáneo del betún de Judea fue una especie de bálsamo o de resina blanda, también relacionado con el petróleo, en que la madre Tierra se hacía líquida en algunas raras grietas rocosas de ciertas grutas del Oriente Medio, particularmente en el territorio del actual Irán, entonces Persia.

Un producto al que los lugareños llamaban *mum*, es decir cera, por sus propiedades físicas, que se llamó momia natural y se convirtió en el nuevo asfalto y pseudo-betún de Judea de las farmacias.

Mientras tanto, los árabes habían conquistado la mitad del mundo conocido, ocupando tanto Egipto como la mencionada Persia, asombrándose de lo que veían, con las mentes limpias de contaminaciones científicas previas, lo que les permitió llegar a la consideración de que *mum* y cadáveres embalsamados de los tiempos faraónicos venían a ser lo mismo. Puestos al lado un fragmento de lo uno y otro de lo otro, sus características de *visu* venían a ser las mismas: una materia oscura, brillante y cérea, luego de ambas podían esperarse los mismos beneficios, luego ambas eran equivalentes, luego ambas podían recibir el mismo nombre: *mum* o momia. Fue así como los cadáveres embalsamados egipcios recibieron el nombre con el que hoy los conocemos, el de momias, y como el proceso de embalsamamiento practicado por ellos pasó a ser denominado momificación. El siguiente paso fue la introducción de esta nueva momia artificial en la farmacología y su llegada a Europa por medio de la literatura médica y del comercio árabes.

1. DEFINICIÓN Y PROPIEDADES

En Europa resultó meridiana desde el principio la relación entre momia y medicina árabe. Así Thevet explica que momia es un término que en el Oriente Medio sirve para denominar todo licor y cosa aromática resultante de la mezcla de los líquidos producidos por la corrupción de los cadáveres humanos con los productos con que fueron embalsamados (1575, 42). La momia genuina, según el propio autor, sería la obtenida de tumbas y sepulcros bien cerrados, sellados y firmes; cadáveres ungidos y embalsamados en los que el lino con el que fueron envueltos un día se conservaba entero e intacto y el propio cuerpo en condiciones tales que se diría que no hacía ni cuatro años que había sido depositado "*pese a tener más de dos mil años*" (1575, 43).

Pedro Bellonio viene a decir poco más o menos lo mismo en el *liber secundus* del tomo VIII del *Thesaurus Graecarum Antiquitatum*, particularmente en el capítulo I, titulado "*qui est de medicato funere*".

Según sus estudios, la costumbre de embalsamar los cuerpos fue ya conocida por los antiguos griegos, los cuales, claro está, nunca llamaron al proceso momificación ni a su produc-



Figura 1.- Búsqueda de momias en el Hortus Sanitatis (1491)

(1) Las imágenes han sido tomadas de Google-books y de Gallica.



Figura 2.- El Campo de las Momias.



Figura 3.- Saqueo de tumbas.

to momia por la sencilla razón de ser estos términos modernos y árabes, sino *corpus conditum*. En realidad todos los pueblos históricos habrían conocido el proceso, aunque empleando técnicas y modos de conservación diferenciados, así mientras los judíos preparaban a sus difuntos con el susodicho betún obtenido del mar Sodomeo, y los egipcios con sales, particularmente natrón, y resinas como la mirra, los griegos y los romanos preferían el cedro. A la postre, todos los cuerpos antiguos tenían propiedades farmacológicas, por cuanto todos habían recibido sustancias medicinales, asfalto, mirra o cedro.

El mismo Bellonio considera que el éxito de la momia artificial, del *fumus medicatus*, en la medicina europea del siglo XVI debe ser atribuida a los que denomina neotéricos latinos –“*Neoterici authores describentes Mumiam, fumus medicatus intellixerunt, non autem Pissasphaltum*”– como Simón Januensis, Johannes de Sancto Amando, Mateo Silvático y Platearius, de este último es una definición que no deja lugar a dudas: momia es cadáver y no asfalto, “*Est autem Mumia quaedam species, quae in sepulchris mortuorum reperitur*”. A tales neotéricos deberíamos la definitiva caracterización de la nueva momia farmacológica auténtica: brillante, negra y fétida, frente a la antigua persa mum, menos negra, no fétida y fácilmente pulverizable. Como los árabes siempre tenían la culpa de algo, a ellos se les echa en cara la confusión entre la natural y la arti-

ficial y una errónea inclinación por la primera de ellas: “*arabes Mumiam describentes Pissasphaltum intelligunt*”. Definitivamente, la momia médica era el resultado del tratamiento de cuerpos humanos, que primero eran cubiertos con sal común o sal nitro, después untados con cedro y asfalto o betún de Judea, y finalmente ungidos con composiciones de polvos aromáticos, mirra, cinamomo y bálsamo.

En la España del siglo XVII, Esteban Villa, en su *Examen de boticarios* la hace “*sangre de hombre atrahida por la médula espinal del calor del bálsamo, y myrrha, y concreta después con la frialdad del ayre*” (1632, 131)

2. MOMIA GENUINA

Como ha podido verse, los europeos del Renacimiento consideraron que todos los pueblos civilizados de la Antigüedad habían practicado la momificación, de manera que podían hallarse momias en todos y cada uno de ellos, así el segoviano Laguna, en su traducción de la *Materia Medicinal* de Dioscórides, después de afirmar que la momia es pisasfalto fermentado dentro de un cuerpo muerto y de aclarar que en la época clásica todos los nobles eran embalsamados, presume de que “*como en el pontificado del papa Paulo [...] se descubriese el muy soberbio sepulcro de María, hermana de Arcado y Honorio, y dentro del, sin infinitas joyas, se hallase mucha y excelentísima momia [el cuerpo de la propia María], por intercesión de algunos amigos me cupo a mi buena parte della [Laguna ejercía como médico del papa], con un pedazo del hueso de la cabeza, lo cual todo meritamente guardo como una santa & inestimable reliquia, visto que al cabo de 1.400 años aún trasciende oy en ella, el olor perfeto del bálsamo, y de la mirra, como si ayer fuera confeccionado*”. En otro punto cuenta de un cirujano llamado Fuentes, que le había enviado de Nápoles “*una cajica llena de exquisitísima momia*” encontrada en la isla de Nicita, en un sepulcro atribuido a Marco Sanguino Romano, cuyas carnes, como las de María, también seguían oliendo a mirra “*cosa digna de admiración*”.

Pero, pese a todo y como puede imaginarse, la momia más abundantemente empleada como tal momia genuina fue la egipcia, esa que según Montfaucon era extraída del país del Nilo por procedimientos poco menos que mineros: los que quieren encontrar estas momias o cuerpos embalsamados, descienden por pozos hasta las cámaras subterráneas donde se encuentran, envueltas en vendas, cubiertas de pinturas y, a veces, de envolturas doradas (1719, 183).



Figura 4.- Desmantelamiento de antiguos monumentos.

Montfaucon estuvo personalmente en el principal yacimiento de este producto medicinal, el llamado Campo de las Momias: "este campo de las momias está a siete leguas del gran Cairo; es una vasta extensión de una pieza, cubierta de arena, en la que no hay árboles, ni hierba, ni casas, cuya superficie está cubierta de huesos secos, de brazos, piernas, pies, cabezas, viejas vendas y sarcófagos rotos, de pequeños ídolos, unos de madera y otros de una especie de pasta cubierta con un barniz verde [...] Todo este campo está hueco por debajo, minado, me dijeron, de pasillos y cámaras tan numerosos que se puede ir por debajo de tierra de unos pueblos a otros, sin temor a los rayos del Sol" (1719, 181).

Por lo general, los textos médicos y geográficos europeos de los siglos XVI al XVIII se sienten obligados a hablar de la momia echando mano de unos mismos contados textos antiguos comenzando por el de la Historia de Herodoto, escrita hacia el 430 A.C.

Herodoto, como el resto de sus conciudadanos de la Grecia Clásica, hace de los egipcios los padres de la medicina, por ser Egipto la patria de Toth y de Hermes Trismegistus, el tres veces grande Hermes, inspiradores de Hipócrates. En el primero de los nueve libros de su obra, declara llegado al punto que nos interesa: "me extenderé algo más en lo que concierne a Egipto, porque encierra más maravillas que ningún otro país". Maravillas naturales, monumentales y de costumbres: "He aquí cuál es su régimen [el régimen sanitatis de los egipcios]: todos los meses se purgan durante tres días consecutivos; tienen gran cuidado de mantener y conservar su salud por medio de vomitivos y lavativas, persuadidos de que todas las enfermedades proceden de los alimentos ingeridos".

Otro texto abundantemente citado es la Biblia, en el momento del capítulo 50 del Génesis donde está escrito "Y mandó José a sus siervos los médicos que embalsamasen a su padre; y los médicos embalsamaron a Israel". También Diodoro de Sicilia (60-30 A.C.) en su libro 1, LXXXII, admirador de la medicina faraónica: "para prevenir las enfermedades, los egipcios tratan a los suyos con lavativas, dieta y vomitivos; algunos médicos los administran diariamente, otros cada tres o cuatro días". Era una medicina perfectamente reglada, oficial, académica si se nos permite: "Establecen el tratamiento de las enfermedades atendiendo a preceptos escritos, recogidos y transmitidos por un gran número de antiguos médicos célebres". Una regulación que comportaba unos peligros similares a los reflejados en el Código de Hammurabi para todo aquel que se saliese de lo dispuesto en los papiros: "Si siguiendo la doctrina del Libro Sagrado no consiguen curar al enfermo, son declarados inocentes y libres de todo reproche; pero si obran al contrario de lo que dice el Libro y el paciente muere, pueden ser condenados a muerte". Una de las normas impuestas por el Libro era que médicos y cirujanos no podían recetar nada hasta el quinto día de enfermedad, si administraban medicamentos antes y pasaba algo ya sabían a qué atenerse. En líneas generales, de creer lo que transmite Isócrates (436-338 A.C.) en el Busiris, la pauta principal de la medicina egipcia faraónica consistía en evitar medicamentos peligrosos y en tratar de curar todas las enfermedades con la dieta. Una medicina poco amiga de elementos y productos extraños "de donde proviene que los habitantes de Egipto sean de temperamento firme y robusto, y alcancen una larga vejez". Una alta valoración de la dieta que, efectivamente, recogería Hipócrates de Cos, nuestro padre de la medicina.

Volviendo al tema puntal de la momia, Herodoto es nuestra primera y principal fuente, en la descripción que hace del embalsamamiento faraónico en Euterpe, libro II, LXXXV y ss.

Cuando moría un hombre de consideración, por su oficio o riqueza, las mujeres de la casa se cubrían con lodo cara y cabe-



Figura 5.- Alumbrando el mundo subterráneo.

llos, se descubrían el pecho y recorrían las calles de la población dándose golpes en él con la mano; los hombres también se golpeaban el pecho, de la misma forma, pero, al parecer, no se embadurnaban con barro. Concluida esta fase de duelo público, llevaban el cuerpo al lugar de embalsamamiento.

Todavía en tiempos de Herodoto, en Egipto existía una casta a la que el oficio de embalsamadores le estaba impuesto por ley. A la llegada del muerto, mostraban a los familiares, con modelos de madera, las tres diferentes posibilidades que tenían de prepararlo, desde la más cara, la que imitaba el cuerpo de aquel cuyo nombre no podía pronunciarse, Osiris, hasta

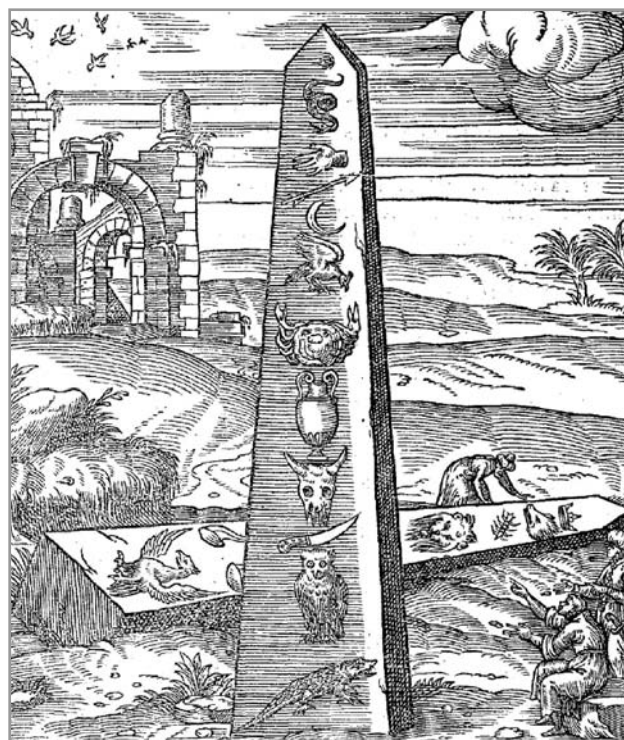


Figura 6.- Viajeros: obelisco imaginario.

la más barata. Convenido el precio, los familiares se retiraban y los embalsamadores iniciaban la tarea.

Primero, siempre siguiendo a Herodoto, extraían el cerebro, parte en forma sólida por la nariz, con la ayuda de un hierro curvo, y la parte más difícil de sacar licuada con drogas que el griego no especifica. Hecho lo dicho, practicaban una incisión en el flanco con lo que denomina una *piedra de Etiopía*, obsidiana, por la que extraían los intestinos, que eran lavados y limpiados con vino de palmera antes de ser espolvoreados con polvos aromáticos, su hueco se rellenaba con mirra pura, canela – en la mayoría de las traducciones, aunque Herodoto diga cinamomo – y otras sustancias, para, a continuación, salar el cuerpo y cubrirlo con natrón durante setenta días. Pasados los dichos setenta días, ni uno más ni uno menos, se lavaba el cuerpo y se procedía a su envoltura con bandas de algodón untadas de goma hecha de resina de acacia, la que acabaría siendo llamada goma arábiga. Finalizado el proceso, los parientes recogían el cuerpo y el sarcófago de madera encargado a otro artesano y lo colocaban, de pie contra la pared, en una tumba subterránea.

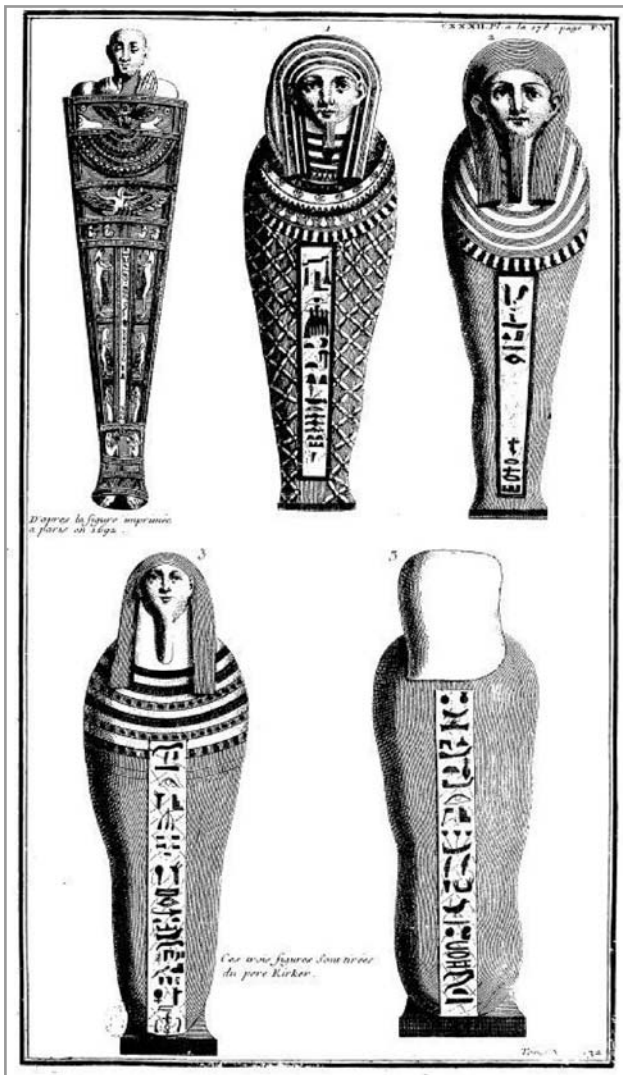


Figura 7.- Viajeros: representación de sarcófagos.

El embalsamamiento de segunda no contemplaba incisiones: se inyectaba un licor untuoso preparado con cedro por el ano y por la boca, que se tapaban después para que el líquido no escapase, se salaba el cuerpo los setenta días precisos, y se procedía a continuación a extraer lo inyectado, una preparación tan fuerte que tenía la virtud de disolver las vísceras. Como el natrón consumía las carnes, del cadáver no quedaban finalmente más que los huesos y la piel. Los muertos de tercera, por su parte, eran simplemente echados en una disolución llamada *surmaia* antes de ser puestos en natrón.

Un caso especial era el de las mujeres, cuando habían muerto jóvenes y hermosas. En tal caso los parientes no las dejaban en manos de los embalsamadores hasta transcurridos tres o cuatro días de la muerte, para evitar que abusasen sexualmente del cuerpo que se les confiaba.

Pero en el siglo XVII había más tipos de momias que las primitivas natural asfáltica y cadavérica egipcia, algunas incluso nefastas para la salud, como la producida en Libia, según Esteban Villa: "*La que viene de Lyvia sacada de entre la arena, donde con el gran calor se consumió el humor, quedando solamente la [materia] terrestre, tan contrario y pernicioso a la salud [...]*" (131v).

3. MOMIAS DISTINTAS Y FALSIFICADAS

En el antedicho siglo XVII, hasta cuatro tipos diferentes de momias, naturales y artificiales, genuinas y falsificadas compartían, teóricamente, lugar en los anaqueles de las boticas europeas.

La primera era la llamada **de Arabia**, "*que es una substancia líquida que mana de los sepulcros donde hay cadáveres embalsamados con aloe, mirra y bálsamo*", extremadamente rara según en *Diccionario Universal de Comercio* (1742, 1,363), que correspondería a los embalsamamientos de primera clase.

La segunda la **de Egipto**, "*que es un licor que mana de los cadáveres embalsamados con pisafalto, una especie de pez recogida en Palestina, de la que se hacía uso para conservar los cuerpos de la menor rango*", es decir los embalsamamientos de segunda.

La tercera era la de los cuerpos momificados naturalmente, en Libia y en otras partes. El desierto era un gran devorador de hombres, cuyos cadáveres casi petrificados destapaban los vientos ¿No se decía que una gran tormenta de arena se había tragado en el gran desierto africano al ejército completo de Cambises? Leyenda o realidad, todavía hoy es buscado por aventureros, como el monstruo del lago Ness y la Atlántida, que se fían de las palabras del tantas veces referido Herodoto: "*Cambysem intermissa adversus Aethiopes expeditione, copias quas adversus, Ammonios misisse, sed eas neque ad Ammonios pervinisse, neque retro revertisse [...]*". El ejército perdido de Cambises.

Cuerpos deshidratados por el Sol del desierto "*donde los viajeros son a menudo tragados por las arenas por la violencia de los vientos*" (*Nouveau Dictionnaire*, 90); o, cuestión discutible, desecados por los fríos y los vientos de las altas montañas americanas, una disquisición que solamente se plantea Bellonio, en el capítulo "*De corporibus a frigore congelatis*", para concluir que en tal caso no se debería hablar de momias y de momificación, sino de *Anatomia sicca*.

Y la cuarta y última, la momia falsificada, la **facticia**, "*que es una mezcla de pez y resina, que se vende por verdadera momia*".

El tema de la falsificación de la momia medicinal es uno de los más entretenidos de la *Historia de la Farmacia*.



Figura 8.- Retrato de Ambroise Paré en 1582.

Todos se hacen eco de la mala fe de boticarios y mercaderes. Fernando de Sepúlveda describe cómo algunos cocían carne humana seca en pez. Lo sabía de buena tinta, se lo había confesado un mercader español: "ut quidam mercator dixit mihi". Para Laguna la cosa era más siniestra: "son dignos de grande reprehensión, los que administran la carne momia en lugar del asfalto, dándonos a beber ciertos zancarrones caídos de algunas horcas, para fortificarnos" (Dioscórides, 60).

Juan Fragoso, aclarando que en vulgar castellano a todos estos productos se les llama carne momia, no se queja menos de la impostura ¿La antigua momia natural asfáltica? Inencontrable. Los boticarios seguían vendiéndola, sí, pero no era auténtica, sino una mezcla grosera con pez extraída de los pinos como componente fundamental, "Nam quo officinae uti solent, impostura potius quaedam est pice, petroleo & alijs parata" ¿Y la genuina egipcia? Lo mismo: la carne momia que vendían los boticarios eran cadáveres de pobres cocidos en pez y asfalto (1566, 78). Esteban Villa, por su parte, asegura que "siempre traen lo que primero hallan por mumia carne" (1632, 131v).

Los médicos europeos extranjeros no son más benévolos que los españoles para con los farmacéuticos. Thevet confirma todo lo dicho arriba y hace causantes principales del latrocinio a los judíos: "en El Cairo, en Roseta, Damiate, Alejandría y otros lugares de Egipto, los turcos, árabes y moros blancos os mostrarán en algunas secretas boticas de sus apotecarios (que ellos llaman Elhanaet) una infinidad de momias, sobre todo en las de los judíos, que no solamente falsifican la momia, sino cualquier otro tipo de droga" (1575, 44); un papel de los judíos como falsificadores de medicamentos que también les atribuye Parkinson en el Theatre of Plants (1640).

La historia de la falsificación de la momia nos lleva hasta los siglos XVIII y XIX: "los especieros, drogueros y boticarios, dan también este nombre a múltiples otras drogas que no tienen ninguna relación con las momias egipcias" (Diccionario Universal de Comercio 1742, 1.362); la que se encontraba en el mercado era "facticia, obra de ciertos judíos, que sabiendo el valor que los europeos dan a la momia egipcia, la falsifican desecando al horno cadáveres que previamente han preparado con polvo de mirra, aloes, betún de Judea, pez negra, y otras resinas comunes" (Ibidem, 1.363).

La idea de que ya no quedaba nada de la genuina, de que toda la existente era falsificada, una falsificación asquerosa, contribuyó a su desprestigio a partir del XVII. El eco de dicho desprestigio es el que mejor se encuentra en el XVIII: son los charlatanes los que la hacen y venden, "cuerpos de ahorcados, a los que se extrae el cerebro y las entrañas y que se secan al horno aliñados con pez negra y otras drogas" (Nouveau Dictionnaire 1756, 90); los viajeros dan fe de que la verdadera se ha acabado: "Vi también en este lugar [el Campo de las Momias], así como en la explanada exterior, cantidad de cabezas, de las que se había extraído el bitumen y el bálsamo que tenían dentro en los tiempos que este remedio estaba más en boga de lo que lo está hoy" (Pockocke 1772, 147), en las cámaras y pasadizos de abajo, todos los sarcófagos estaban vacíos.

Para rizar el rizo, Ouseley nos habla de la crianza de hombres, como si fueran animales estabulados, destinados a la fabricación de carne momia: "Habiéndose escrito tanto sobre sus maravillosas propiedades extra a fracturas y para otros usos internos, no es de extrañar que los más avisados comerciantes, en una época

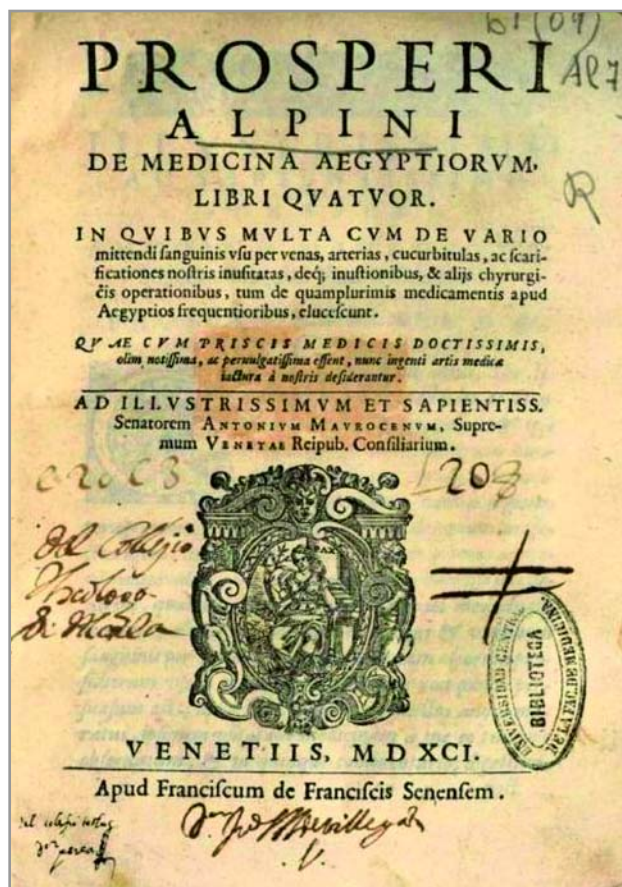


Figura 9.- La Medicina Aegyptiorum (1591) de Próspero Alpino.

en que la vida humana no era nada, comenzasen a pensar en manufacturar por sí mismos carne de momia. Una de las recetas para su preparación es la que consta en el *Secander Námeh persa*: seleccionad un niño de complexión colorada y pelirrojo, al que alimentaréis exclusivamente con fruta hasta la edad de treinta años, preparad entonces una vasija llena de miel y otras drogas, sumergidlo dentro [previamente degollado] y sellad el recipiente; al cabo de ciento veinte años romped los sellos y os encontraréis con que la miel y la carne se han fundido, transformándose en momia" (Ouseley, 476). Se recomendaban pelirrojos porque en ellos se suponía tenía más fuerza el elemento Fuego.

4. UTILIZACIÓN

Se fue conformando poco a poco, gracias a algunos textos claves de la medicina europea. Podemos considerar a Constantino el Africano introductor de la egipcia, que, como africano que era, añadió a la tradicional asfáltica de Avicena y Mesué; a él se deben la preferencia que va a cobrar en Europa la cadavérica sobre la mineral: "*Mumiam quidam dicunt esse aspalathum, quaedam tamen species est in veteris monumentis inventa, quae optima est*", y las indicaciones que llegaron a hacerse clásicas: fracturas de cráneo, percusión de órganos internos, enfermedades frías, percusión de nervios, hemorragias internas y externas; efecto sedante, mezclada con terra sigillata; estornutatoria y contra dolores de cabeza de causa fría, mezclada con sambuceleo.

Correspondencia y utilidades que confirmó definitivamente el *Hortus Sanitatis* (1491), en el cual no solamente el capítulo dedicado a la momia está ilustrado con un grabadito que representa a un hombre saqueando una tumba, el sarcófago – el comedor de carne – vacío a su mano derecha, sino que se dictamina "*Mumia est illud quod invenit in sepulchris balsamatum*". Las utilidades, agrupadas bajo el título *Operationes*, recoge todo lo hallado en Rasis, Paulo de Egina, Constantino y Avicena, mezclando, pues, lo establecido históricamente para ambas momias, mineral y humana.

En España, la moda del empleo de la carne momia alcanza a varios autores. Como ya se ha dicho, es recibida, en sus dos formas por el segoviano Fernando de Sepúlveda en el *Manipulus medicinarum* (1523, iij y xiiij); por la edición de Guido de Chauliac de Joan Falcó por Joan Lorenzo Carnicer (1555), "*Mumia: carne de los muertos balsamados: caliente en el segundo: y seca en iij con consolidación*"; Juan Fragoso, en su *Catalogus simplicium medicamentorum* (1566), quien simplemente trata de los dos tipos de momias clásicas; y por el omnipresente en estos temas Estaban Villa, que hace sus consideraciones en el *Examen* (1632) y en el *Libro de simples incógnitos* (1643): "*No se nos passe la Mumia por simple tan conocido como suponen muchos*".

En Europa, uno de los renovadores de su forma de uso fue Paracelso, el cual, partiendo de la momia simple elaboró preparaciones como sal de momia, bálsamo de momia y triaca de momia. La sal sería llamada en lo sucesivo Sal humana, o *Sale hominis*, siendo la razón de su eficacia sencilla: Dios dio al hombre su propio bálsamo para curarse (*Haliographia*, 51), de manera que "*Hoc Sal de carne humana, est praeclarissima Medicina*" contra ventosidades y flatos, pleuresías, inflamaciones del bazo, tos... mezclada con tres o cuatro granos de Arcano de Mercurio.

De Planis, en cambio, prefería el bálsamo a la sal, que unía a sal fija de sangre de ciervo, sal de roca, sal común, alumbre de roca, sales de corteza de granada y de zumaque, bérberis, nueces de ciprés y rosas rojas, como poderoso restaurador de fuerzas (1628, 154).



Figura 10.- *Hydre Morbifique* (1628) de De Planis.

Un reflejo de este "paracelsismo" salino lo hallamos representado en España en el *Commentariorum de sale libri quatuor* de Gómez de Miedes. El aragonés recalca que la sal es el mejor conservador de carnes que existe, razón por la que los egipcios escogieron para el embalsamamiento no solamente productos orgánicos, "*non balsamo cum myrrha & aloe*", sino también inorgánicos "*sed sale cum nitro, cedria, asphalto, hoc est bitumine liquido*" (1572, 34), con lo que realmente cabría considerar a la momia sal humana.

Llegado el XIX, el *Diccionario de Medicina* de Nysten recuerda: "*Fue empleada como vulneraria, pero hoy es solo objeto de curiosidad*" (1833, 614); mientras la gran *Enciclopedia Francesa* continúa señalándola como encarnativa, roborante, resolutive, desopilante e interesante en el tratamiento de amenorreas, asma y tisis (1821, 174).

5. AMBROSIO PARÉ Y LA MOMIA

No puede concluirse este breve recorrido por la Historia de la Momia sin un recuerdo a Ambrosio Paré, por ser quien fue y porque escribió un *Discurso de Ambrosio Paré*, consejero y primer cirujano del Rey. A saber: sobre la momia, sobre el unicornio, sobre los venenos y sobre la peste (París: G. Buon, 1582).

El Discurso de Paré es en su comienzo una recopilación de todo lo hasta aquí dicho: Momia es un término árabe, Herodoto fue el primero en tratar sobre los embalsamamientos egipcios – Paré le copia al pie de la letra–, etc. seguida de algunos jugosos fragmentos.

Así, el que se refiere a otro cirujano, Louis de Paradis, natural de Vitry, “*me ha dicho que estando en el Gran Cairo, vio 18 o 20 pirámides hechas de ladrillo. Entre otras, una de maravilloso tamaño, de figura cuadrada, cada una de sus caras de cuatrocientos pasos. En la más grande, llamada la Pirámide de Faraón, hay muchos cuerpos momificados. En una ocasión que entró en una de las dichas pirámides vio más de doscientos cuerpos todavía enteros, con las uñas rojas, porque era costumbre del país, para tener las manos hermosas, tener las uñas rojas. Las gentes del lugar no sufren que se saque ninguno de estos cuerpos, diciendo que los cristianos son indignos de comerse sus muertos, que si salen del país es gracias a algunos judíos, que los camuflan entre sus mercancías, para que no sean vistos*”.

Como puede verse, una vez más aparecen los judíos, aquí y unas páginas más adelante, cuando Paré llega a afirmar que el empleo de la momia en medicina a ellos es debida: un médico judío fue el culpable de que los europeos se pusiesen a comer los muertos egipcios: “*Se dice que la momia que se ha usado hasta hoy ha venido de allí por un perro médico judío, que por una brutalidad había escrito, que esta carne así confitada y embalsamada ayudaba mucho a la curación de múltiples enfermedades [...] lo que fue causa de que se los extrajese furtivamente, o por dinero, fuera de las tumbas*”.

La leyenda urbana de los ejecutados vendidos como remedio también halla su sitio en la páginas del gran cirujano francés: “*Otros, mantienen que la momia se hace y elabora en nuestra Francia robando por la noche cuerpos de los patíbulos, a los que se prepara extrayéndoles el cerebro y las entrañas, secándolos al horno, y cocándolos al horno. Después se venden como verdadera y buena momia, diciendo haber sido comprada a mercaderes portugueses o traída de Egipto*”. Hasta los propios boticarios tenían su cámara oculta de falsificación faraónica: “*Quien quiera investigar, como yo lo he hecho, en las casas de los boticarios, encontrará miembros y porciones de muertos, a veces cuerpos enteros, embadurnados de pez negra, desprendiendo olor cadavérico*”. Paré, que había tratado tantas fracturas y contusiones en las guerras entre las tropas de Carlos V y Francisco I, no creía en la carne momia, así que concluye “*yo creo que son tan buenas las unas como las otras*”, la carnes cadavéricas de los boticarios como las carnemomias de las pirámides.

Otro capítulo marcadamente antijudío es el VII, a propósito de Gui de la Fontaine, médico del rey de Navarra: “*sabiendo que había viajado a Egipto y a la Barbaria [los romanos llamaban bárbaros a los que no sabían latín y si había un pueblo absolutamente incapaz de aprenderlo era el que habitaba el Norte de África, por eso se convirtieron en los bárbaros por excelencia, hoy bereberes] le rogué me contase lo que había aprendido sobre el unicornio y la momia. Me dijo que todo lo que se decía del unicornio eran habladerías, que jamás había descubierto nada cierto sobre su existencia. En cuanto a la momia, que estando en el año mil quinientos sesenta y cuatro en la ciudad de Alejandría, oyó de un judío que hacía gran tráfico de ella. Acercándose a su casa, le suplicó que le mostrase los cuerpos momificados, lo que hizo de buen grado, abriendo un almacén donde tenía muchos cuerpos amontonados unos encima de los otros. Le rogó entonces le dijese de dónde había sacado aquellos cuerpos, si los había encontrado tal y como decían los antiguos en sepulcros del país. El judío se burló de él, se echó a reír, jurándole que todos los cuerpos que veía allí, en número de treinta o cuarenta, habían sido preparados por él mismo y que eran cadáveres*

de esclavos o de otro tipo de gente. La Fontaine le preguntó de qué nación y si no serían muertos de mala enfermedad como lepra, viruela o peste, le respondió que no tenía ni idea de su procedencia ni de qué habían muerto, si eran jóvenes o viejos, hombres o mujeres, porque una vez embalsamados nada de eso podía conocerse. Le dijo también que se maravillaba del gusto que tenían los cristianos por comer muertos”. El relato sirve para que, a continuación, Paré muestre, definitivamente, su rechazo a la carne momia: “*Gracias al relato del judío puede verse como nos hacen tragar indiscriminadamente y cruelmente la carroña maloliente e infecta de ahorcados o de la más vil canalla del populacho egipcio, muertos de viruela, apsteados y sífilíticos*”.

Hay otros fragmentos interesantes, como la explicación del por qué Paré guardaba un cadáver embalsamado en casa, para repasar sus diferentes partes antes de las operaciones importantes, pero el tiempo y el espacio, en este lugar, son limitados.

BIBLIOGRAFÍA

- ❖ Avicena. *Avicenna arabum medicorum principis... Tomus Secundus. Venecia: Iuntas, 1608.*
- ❖ Bellonio, P. *Thesaurus Graecarum Antiquitatum Volumen Octavum, 2.575-2.608.*
- ❖ Coulon, H. *Curiosités de l'histoire des remèdes. Cambrai : Régnier frs, 1892.*
- ❖ Chauliac, G. *Acabose la presente obra... Zaragoza: P. Bernuz, 1555.*
- ❖ Dawson, W.R. “Mummy as a drug”. *Proceedings of the Royal Society of Medicine. 2 (1927): 34-9.*
- ❖ De Planis, D. *L'Hydre morbifique exterminée par l'Hercule chymique. Paris: H. du Mesnil, 1628.*
- ❖ *Dictionnaire Universel de Commerce. T. II. Ginebra: Hrs Cramer & Frs Philibert, 1742.*
- ❖ Frago, J. *Catalogus simplicium medicamentorum. Alcalá: P. Robles y J. Villanueva, 1566.*
- ❖ *Encyclopédie Methodique. T. X. Paris: Vve Agasse, 1821.*
- ❖ Gómez Miedes, B. *Commentariorum de SALE libri quattuor. Valencia: P Huete, 1572.*
- ❖ *Haliographia. Bolonia: A. Salmincium, 1644.*
- ❖ Laguna, A. *Pedacio Dioscorides Anazarbeo... Amberes: I. Latio, 1555.*
- ❖ Matioli, P. *Commentarii denuo aucti in libros sex Pedacii Dioscoridis Anazarbei de Re Medica. Lyon: G. Coterium, 1562.*
- ❖ *Nouveau Dictionnaire Universel des Arts et des Sciences. T. II. Aviñón: Vve Girard, 1756.*
- ❖ Nysten, P.H. *Dictionnaire de Médecine, de Chirurgie, de Pharmacie. Paris: J.S. Chaude, 1833.*
- ❖ Paré, A. *Discours d'Ambroise Paré, conseiller, et premier chirurgien du Roy. A sçavoir, de la Mumie, de la Licorne, des Venins et de la Peste. Paris: G. Buon, 1582.*
- ❖ Pockocke, R. *Voyages de Richard Pockocke. T. I. Paris : J.P. Costard, 1772.*
- ❖ Reutter, L. *De l'embaumement avant et après Jesus-Christ. Paris: Neuchater & Attinger fr, 1912.*
- ❖ “De la Momie ou Mumia”, *Bull Soc Hist Pharm, XIX (1912): 688-95 y 727-32.*
- ❖ “De l'embaumement chez les anciens”, *Bull Soc Hist Pharm, XIX (1918): 353-5.*
- ❖ Ruel, J. *Pedacii Dioscoridis Anazarbei de medicinali materia. Paris: H. Stephani, 1516.*
- ❖ Sepúlveda, F. *Manipulus medicinarum. Salamanca, 1523.*
- ❖ Thevet. A. *La Cosmographie Universelle. T. I. Paris: G. Chaudiere, 1575.*
- ❖ Villa, E. *Examen de boticarios. Burgos: P. Huidobro, 1632.*
- ❖ *Libro de simples incognitos en la medicina. Burgos: P. Gómez Valdivielso, 1643.*